

## DE LOS CUENTOS ASTURIANOS DEL SIGLO XX AL FOLKLORE DEL SIGLO DE ORO

La Delegación Provincial de Cultura, de Oviedo, acaba de reeditar los *Cuentos asturianos* recogidos de la tradición oral por Aurelio de Llano Roza de Ampudia.<sup>1</sup> Feliz iniciativa ésta, que nos permite adquirir y conservar entre nuestros libros una obra cuya primera edición, publicada en 1925, estaba agotada desde hace muchos años. Los *Cuentos asturianos* son lectura tonificante en estos tiempos en que impera la morosidad. Y no dejan de ofrecer materia a la reflexión del historiador de la realidad folklórica y de las letras españolas.

Aparecen, en efecto, coincidencias concretas entre estos cuentos tradicionales en Asturias y una serie de relatos copiados en colecciones antiguas o aprovechados por novelistas modernos. Aurelio de Llano evidenció las correspondencias que existen entre unos relatos de los que publica y dos cuentos del siglo XIX: el de *El cura sin cuidados* (núm. 45), utilizado por Trueba para escribir el conocido cuento de *La gramática parda* y el de *La culebra y el pastor* (núm. 50), que dio materia a un relato introducido por Blasco Ibáñez en *Cañas y barro*. También estableció el erudito asturiano correlaciones entre varios de los cuentos que había recogido y otros que aparecen ya en los siglos XIV y XV bajo la pluma de don Juan Manuel o la de Clemente Sánchez de Vercial: *Julia y Gonzalo* (núm. 52), versión asturiana del cuento de *Los tres consejos*, recuerda el ejemplo XXXVI de *El conde Lucanor*;<sup>2</sup> mientras que *Xuan y María* (núm. 106), *La madre inocente* (núm. 122), *El labrador y el oso* (núm. 176) son relatos antiguos que ya figuran en el *Libro de los ejemplos*. Estos apuntes, con lo breves que son, resultan sugestivos, dado que permiten apreciar la antigüedad de un cuento y proporcionan materiales para la reconstrucción de un estado pasado del folclore español.

En cambio no se le ocurrió a Aurelio de Llano emprender

<sup>1</sup> *Cuentos asturianos* recogidos de la tradición oral por AURELIO DE LLANO ROZA DE AMPUDIA. Oviedo, Delegación Provincial de Cultura, 1975.

<sup>2</sup> En cambio, el paralelismo entre *Cuentos asturianos*, núm. 123, y *El conde Lucanor*, núm. 35, sólo se apoya en un parecido borroso.

parecida encuesta en los textos del Siglo de Oro. Bien es verdad que apunta una correspondencia entre el cuento *Yo me como dos* (núm. 93) y una fábula de Sebastián Mey, pero obvio resulta que debe la referencia a los *Orígenes de la novela*, y que no se dedicó a hacer una investigación sistemática en este terreno. Tal deficiencia es de lamentar puesto que, según hemos de advertir a continuación, las coincidencias entre los relatos publicados por Aurelio de Llano y los cuentos que aparecen en textos de los siglos XVI y XVII son numerosas, tan numerosas que contribuyen, en la forma más eficaz, a una reconstrucción del estado del cuento folklórico en el Siglo de Oro. La colección de *Cuentos asturianos* es, desde este punto de vista, de mucho mayor interés que la del propio Aurelio M. Espinosa. Esta riqueza se debe al hecho de que Aurelio de Llano recogió copiosa serie de cuentos "humanos" (núms. 35-53) y "cómicos" (núms. 54-131). Ahora bien, el Siglo de Oro español, que no engendró ningún recopilador de cuentos maravillosos, produjo abundantes colectores de relatos familiares. Son éstos cuentistas, parmiólogos, dramaturgos o novelistas. Ninguno de ellos se cuida —con alguna excepción— de apuntar cuentos folklóricos extensos; todos refieren relatos tradicionales breves y jocosos. Los textos de los siglos XVI y XVII, en los cuales apenas si apuntan los *Märchen*, ofrecen riquísima cantera de *Schwänke*.

De los cuentos recogidos en Asturias por Aurelio de Llano, seis aparecen ya en los libritos de Timoneda, cuatro en el *Vocabulario de refranes* de Correas, y tres en la literatura dramática del siglo XVII. Cito a continuación textos y referencias, resumiendo los cuentos de mayor extensión.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Dejo aparte la correspondencia entre *Cuentos asturianos*, núm. 93, y SEBASTIÁN MEY, *Fabulario*, núm. 51, apuntada por Aurelio de Llano. Cito *El Sobremesa y Alivio de caminantes* por la edición de la *Biblioteca de Aulores Españoles*, III; el *Buen aviso y Portacuentos* por el texto de la *Revue Hispanique*, XXIV, 1911; el *Vocabulario de refranes* de Correas por la edición de Louis Combet (Bordeaux, 1967). Modernizo las grafías. Empleo las abreviaturas siguientes:

Aarne-Thompson = ANTTI AARNE-STITH THOMPSON, *The types of the folktale*, F. F. C., núm. 184, Helsinki, 1964.

Aurelio M. Espinosa = AURELIO M. ESPINOSA, *Cuentos populares españoles*, Madrid, C. S. I. C., 1946; 3 vols.

Aurelio M. Espinosa, hijo = AURELIO M. ESPINOSA, hijo, *Cuentos populares de Castilla*, Col. "Austral", núm. 645.

*Contos de Lugo* = *Contos populares da provincia de Lugo*, Centro de Estudos Fingoy, Vigo, Galaxia, 1972.

## I. CUENTOS RECOGIDOS POR TIMONEDA

a) *El cura sin cuidados* (núm. 45). Es el conocido cuento de las tres preguntas a las cuales no sabe contestar el orgulloso erudito (abad, cura) y cuya solución encuentra sin dificultad el socarrón iletrado (pastor, cocinero).

Este cuento folklórico (Aarne-Thompson, 922), recogido repetidas veces en la tradición española (Aurelio M. Espinosa, núm. 13; Aurelio M. Espinosa, hijo, núm. 16; *Contos de Lugo*, núm. 95; *Cuentos extremeños*, pp. 7-9), dio materia a una de las *patrañas* de Juan Timoneda (*El Patrañuelo*, XIV).

b) *La mujer del pescador* (núm. 62) es el cuento familiar del amo y de su huésped burlados por la cocinera golosa, que se comió las perdices (truchas en la versión asturiana) al guisar la cena. Es relato conocidamente folklórico (Aarne-Thompson, 1741), también recogido en Galicia (*Contos de Lugo*, núm. 40). Aparece ya en *El Sobremesa* (II, 51) de Juan Timoneda:

Por qué se dijo: *Ni la una ni las dos.*

Una mujer de un rústico labrador tenía amores con un licenciado, el cual era compadre de su marido. Y el labrador convidó un día a un par de perdices. Como la mujer las hubiese asado, y se tardasen, y a ella le creciese el apetito, se las comió. Venidos a comer, no tuvo otro remedio sino dar a su marido la cuchilla, que la amolase. Estando amolando, acercóse al licenciado y díjole:

—Idos de presto, señor, porque mi marido ha sabido de nuestros amores y os quiere cortar ambas orejas: ¿no veis cómo está amolando la cuchilla?

El entonces dio a huir. Dijo la mujer:

—Marido, ¡el compadre se lleva las perdices!

Saliendo el labrador a la puerta con la cuchilla en la mano, decía:

—Compadre, ¡a lo menos la unal

Respondió el licenciado:

—¡Oh, hideputa! ni la una ni las dos.

*Cuentos de Aragón*, en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, III (1947), pp. 290-292.

*Seis cuentos* = ARCADIO DE LARREA, "Seis cuentos de mujeres, populares en Aragón", *Rev. de Dialectología y Tradiciones Populares*, XV (1959), pp. 89-105.

*Cuentos extremeños* = *Cuentos extremeños*, por MARCIANO CURIEL MENCHÁN, C.S.I.C., 1944.

c) *Castaña* (núm. 77)

Una vez se presentó una moza muy guapa en una romería; todos los mozos la miraban y ninguno sabía de dónde era.

Por la tarde marchó. Y un mozo se puso a seguirla. Ella no volvía la cabeza y en cuanto se alejó un poco de la romería comenzó a restallar por detrás:

—¡Puml

Y decía ella:

—Castaña.

—¡Puml

—Castaña.

—¡Puml

—Castaña.

Y así iba todo el camino; pero en cierto sitio se detuvo y al ver al mozo detrás de sí, le preguntó:

—¿Hace mucho que vienes en mi compañía?

—Sí, ¡desde la primera castaña!

El cuento que recordó Juan Valera,<sup>4</sup> era conocido de Timone-da (*Portacuentos*, núm. 60):

Yendo dos señoras por la calle, la una de ellas, que se decía Castañeda, soltósele un trueno bajero, a lo cual dijo la otra:

—Niña, pápate esa castaña.

Echándose de ellos por tres veces arreo, y respondiendo la otra lo mismo, volviéronse y vieron un doctor en medicina que les venía detrás, y por saber si había habido sentimiento del negocio, dijéronle:

—Señor, ¿ha rato que nos sigue?

Respondió:

—De la primera castaña, señoras.

d) *Para quién cantó el cuco* (núm. 79)

Una vez iban dos mozos por un monte y oyeron cantar el cuco entre los castaños. Y uno de los mozos dijo en alta voz:

Cuquellín del rey  
barbas de escoba,  
¿cuántos años hay  
de aquí a la mi boda?

<sup>4</sup> *Cuentos y chascarrillos andaluces*, coleccionados por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano, Madrid, 1896, pp. 78-79.

Y el cuco respondió:

—¡Cu cul ¡Cu cul

Y cantó unas cuantas veces. Y cuando paró de cantar, el mozo que no había hecho la pregunta dijo a su compañero:

—El cuco me cucó a mí.

—¡Quial Me cucó a mí.

Discutieron largo rato sobre si había cucado a uno o a otro, y por fin determinaron ir a consultar el caso con un abogado. Y éste les dijo:

—Dadme dos reales cada uno.

El abogado guardó el dinero y preguntó a uno de los mozos:

—¿A quién crees tú que cucó el cuco?

—Me cucó a mí.

—¡Pues no, señor!

Ni te cucó a ti  
ni a tu compañero;  
a quien cucó fue a mí  
que os llevo el dinero.

El cuento fue tradicional en la España del Siglo de Oro: lo reproducen Juan Timoneda (*El Sobremesa*, II, 57), Melchor de Santa Cruz (*Floresta española*, IV, I, 2), Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana*, pp. 289a y 376b-377a) y Correas (*Vocabulario de refranes*, pp. 479b-480a). Véase la versión de Timoneda:

Por qué se dijo: *Por mí cantó el cuclillo*

Paseándose por fuera de la ciudad una tarde dos pacíficos, honrados y buenos hombres, que iban en busca de sus mujeres, oyeron cantar un cuclillo. Dijo el uno de ellos:

—Por vos ha cantado el cuclillo, compadre.

—No, sino por vos —dijo el otro. Vinieron en tanta contienda sobre esto que fueron delante el juez para que lo averiguase. Viendo el juez la locura de ellos, hízolos formar proceso y, al cabo de haber ellos gastado algunas blanquillas, sentenció diciendo:

—Habéis de saber, buenos hombres, que por mí ha cantado el cuclillo; por eso andad con Dios.

e) *¡Piojoso!* (núm. 94)

Había un matrimonio que se llevaba muy mal. La mujer tenía buena dote, pero el marido, cuando se casó, no tenía más

que lo puesto y un palo. Y cuando reñían, lo cual ocurría con frecuencia, decía la mujer:

—¡Calla, piojoso!

Entonces el marido echaba mano al palo y ¡zas! Y ella decía:

—¡Piojosol

—¡Zasl

—¡Piojosol

Y cuantos más palos le daba, más le llamaba piojoso.

Conque un día iban riñendo por un camino, y ella venga repetir:

—¡Piojoso, piojoso y piojosol

En esto llegaron a un puente y el marido cogió a su mujer y la tiró al río. Y luchando con la muerte no cesaba de decir:

—¡Piojoso, piojoso y piojosol

Comenzó a hundirse y cuando no podía llamarle piojoso porque el agua le tapaba la boca, sacó las manos por encima de la cabeza y comenzó a apretar a toda prisa, una contra otra, las uñas de los pulgares; y así, por señas, le estuvo llamando piojoso hasta que se ahogó.

Es cuento folklórico (Aarne-Thompson, 1365C), también recogido en Galicia (*Contos de Lugo*, núm. 51), que ya apuntó Timoneda (*Portacuentos*, núm. 52):

Cierto mancebo que no tenía sino capa y espada casó con una viuda riquísima, la cual, por ser indomable, de continuo le decía "piojoso" al mancebo. Amohinado y aborrecido de ella, paseando llevóla a la orilla de un río, y dióle tal rempujón que la zambulló en el agua. Y al tiempo que vido que no parecía, y se estaba ahogando, díjole:

—Mujer, ¿soy agora piojoso?

Ella en esto sacó los brazos del agua, haciendo con los dedos pulgares como quien mataba piojos. Viéndolo, apañó él de un canto y dióle en las manos.

Díjole uno que lo vido:

—¿Qué hacéis, hermano?

Respondió:

—Señor, mato piojos.

#### f) ¡Zurronazo! (núm. 123)

Una vez era un pastor que iba a casarse con una moza que tenía fama de holgazana.

—No te cases con esa moza —le decían—; mira que no está acostumbrada a hacer labor, y va a ser la ruina de tu casa.

Y contestaba el pastor:

—No lo creo porque tengo yo un sistema de dar palos que, en cuanto ella lo vea, ha de trabajar más que yo quiera.

Se casó el pastor, y su mujer no se levantaba de la cama hasta las doce del día. Y la tarde la empleaba en hablar con las mujeres de la vecindad.

—Marchamos mal —decía el pastor—; no paso de mañana sin emplear el palo para ver si mi mujer se ocupa de la casa.

Y al día siguiente, en vista de que su mujer no se levantaba de la cama, descolgó el zurrón, que estaba colgado de un clavo, y con un palo de acebo comenzó a darle palos y al mismo tiempo decía:

—¡Zurrónazo! Holgazán, son cerca de las doce del día, ¿y todavía estás en la cama? ¡Toma!

El zurrón botaba por casa como una pelota, y el pastor repetía:

—¡Toma! Tienes el fuego por encender, la casa por arreglar: ¡toma, zurrónazo! Si mañana no te levantas más temprano que hoy, pobre de ti: ¡toma, y toma!

Colgó el zurrón del clavo, le dio otro par de palos y le dijo:

—Si no cambias de vida, te deshago el pellejo.

La mujer del pastor, al oír la paliza, metió la cabeza bajo la ropa de la cama y allí estuvo sin chistar.

Pero al día siguiente se levantó muy temprano y comenzó a ocuparse de su casa. Y al poco tiempo era la mujer más hacendosa del pueblo.

Refiere el cuento Juan Timoneda en el *Buen Aviso* (núm. 28):

Por casar un honrado hombre con mujer de estrado y almo-hadilla, cada vez que le traía el comer se le hacía de mal el aparejarlo, en tanta manera que cada día le importunaba que le comprase una esclava. Y como su posibilidad no bastase, daba queja de ello a los padres de ella; y viendo el poco caso que hacían de su querella, hizo pintar a un pintor en telilla una esclava con un rétulo que la llamase Margarita y trayéndola a casa, dijo:

—Señora mujer, alegraos, que ya os he comprado una esclava: hela aquí.

La cual fijó a la puerta de la cocina; y trayendo la comida, dijo de manera que lo oyese su mujer:

—Mira, Margarita, que guises esto cual de ti se confía.

La mujer, haciendo el sordo, no tocó nada. Vuelto el marido, y hallándolo del modo que lo dejó, descolgó vuestra pintura y púsola sobre las espaldas de su mujer, y con un palo que traía escondido, empezó de sacudir, diciendo:

—Perra Margarita, de aquí adelante haréis lo que yo os mando.  
De tal manera le dio que la dejó bien molida. Dando parte  
la mujer a su padre de la facecía, le respondió:

Si el marido se desmanda,  
hija, es causa tu regalo;  
¿quiéreslo hacer bueno de malo?  
haz siempre lo que te manda;  
harás que no mande el palo.

## 2. CUENTOS RECOGIDOS POR CORREAS

### a) *El sueño de un criado* (núm. 39)

Un criado de pobrísima familia advierte que la hija de su amo no le mira con malos ojos. Concibe el proyecto de casar con ella y cada noche, fingiendo soñar, exclama en alta voz:

¡Ayl casa de mis padres,  
casa ilustre,  
casa de ciento  
cincuenta luces,  
y la chiva-atada

Creyéndole de noble y rico origen, le otorgan sus amos la mano de la muchacha. Cuando el marido lleva la recién casada a su tierra, le enseña una choza destartalada por cuyo tejado entra la luz de ciento cincuenta estrellas y al lado de la cual paca una chiva atada a un nogal (Aarne-Thompson, 859C).

Idéntico cuento apunta Correas, con variantes en los elementos relativos a la fabulosa riqueza del mozo (*Vocabulario de refranes*, p. 498a):

#### *Testamento de San Pique*

Un mozuelo ingenioso y ágil para mercancía salió de un lugar del Campo de Montiel para Andalucía a procurar valer, y en una buena ciudad entró con un mercante rico a quien sirvió algunos años en sus granjeos con diligencia y fidelidad. Avino que le dio una enfermedad a propósito para su traza, y trató de hacer testamento a excusas de su amo. Dio a entender que era solo heredero de sus padres difuntos, y así dueño de grandes haciendas; y entre otras declaró que dejaba vinculada la "Cabeza del buey con sus ojeadas", que fue decir todo el Campo de Montiel y Calatrava, y gran parte de Sierra Morena. El se

llamaba Fulano Sánchez, y había mudado el apellido en "San Pique". El amo tuvo noticia de lo testado, y cegándole la codicia, en estando bueno el mozo le casó con una hija que tenía. Después, queriendo entrar en unas gruesas rentas en confianza de las buenas hipotecas del yerno, fueron a hacer informaciones auténticas y hallaron ser todo viento. Diole tanta pena al suegro de verse engañado que se murió de pesadumbre, y el San Pique se quedó casado y señor de la hacienda. Sabido el cuento, se tomó en refrán "El testamento de San Pique", como el que hay del "testamento de la zorra"; y se acomoda cuando se tienen por fingidos encarecimientos de riquezas y tales cosas por vanas.

b) *Las chanchárganas* (núm. 75)

Una vez era dos hermanos, uno era listo y otro tonto.

El listo se fue a servir amo a Madrid, y al cabo del tiempo se le presentó allí el tonto. Tan mal vestido iba que, para que no le viera la gente de aquellas fachas, su hermano le encerró en un cuarto oscuro mientras le hacían un traje. Y cuando le llevaba la comida, le preguntaba:

—¿Cuándo amanece aquí, hermano?

—¡Pronto, pronto!

Al cabo de tres días su hermano le dio el traje y lo sacó del cuarto. Y en cuanto vio la calle libre, echó a correr y dijo:

—No quiero estar más aquí, son las noches muy grandes...

Es cuento folklórico (Aarne-Thompson, 1337C y 1684A), también recogido en Castilla por Aurelio M. Espinosa, hijo (núm. 24), que ya conocía el maestro Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 264b):

*Noche toledana*

... Algunos dicen que a un asturiano le tuvieron encerrado tres días en parte oscura, haciéndole creer que no amanecía, y enfadado de tan larga noche, se volvió; y que fue embuste de un su hijo, privado del Rey.

c) *¡Salid y veréis!* (núm. 98)

A un mujer le mandaba jilar su hombre. Y aunque ella no atinaba, hacíase que jilaba por darle gusto y tener paz, cogiendo la rueca cuando él llegaba a casa.

El hombre se volvía loco buscando lo jilado y no encontraba nada.

Pasó un año, y una noche le dijo él:

—Vengo de *conceyu*.

—¿Qué hubo en *conceyu*? —preguntó ella.

—¡Ah, mujer! No sé cómo nos irá, pues por cada *mazorga* que hay en casa tenemos que dar un *jatu*. ¿Cuántas tendrás tú, que siempre estás *jilando*?

—No te apures, que no tengo más que una y la del *jusu*.

Fue entonces el hombre y trajo una tina y le mandó que hiciera allí la caca hasta que la llenara. Y la llenó en un mes.

Entonces el hombre unció las vacas y el carro, puso en él a su mujer arrimada a la tina, con la rueca y el *jusu* en la mano, y la pasó por el lugar diciendo a voces:

—Salid y veréis  
el *jiláu* de un año  
y la caca de un mes.

Idéntico cuento refiere Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 139a):

*Entrad, veréis hilado de un año y cagada de un mes*

Es el cuento, que una mujer harona y comedora se quería acreditar de hacendosa con su marido, y cada vez que él venía, decía: "Mazorcas, al mazorcal, donde las ciento y veinte están". Pareciéndole al marido según aquello que ya habría tela, preguntó que cuándo la echaba; y averiguado que no había sino pedazos de mazorcas, enojado de esto, puso una tinaja adonde la mandó que cagase, y no en otra parte. De ahí a un mes estaba ya llena, y entonces, por correrla, llamó los vecinos diciendo: "Entrad, y veréis hilado de un año y cagado de un mes", mostrando la tinaja y los pedazos de mazorcas que sacó de tras una arca. Es baldón de flojas y comilonas.

d) *Los chirlosmirlos* (núm. 110)

María de Ramos finge enfermar y ruega a su marido que le vaya a buscar "chirlosmirlos a la mar", único remedio eficaz para sus jaquecas. Salido el bueno de Juan, entra en casa el amigo de María. Pero el marido, avisado por un compañero, sorprende a los adúlteros.

Es cuento folklórico también recogido en Galicia (*Contos de Lugo*, núm. 42) y que alcanzó extensa difusión en Europa y América (Aarne-Thompson, 1860C). Lo recuerda brevemente Correas (*Vocabulario de refranes*, p. 553b):

*Mi marido fue a la mar, chislosmirlos fue a buscar, para mi que no tengo mal; echad y bebamos.*

Fingióse mala y que no podía sanar sino con los chirlosmirlos de la mar, y persuadió al marido que fuese por ellos para tener ella tiempo de admitir al cura, y al mejor cenar y beber el marido dio sobre ellos.

### 3. CUENTOS QUE APARECEN EN COMEDIAS Y ENTREMESSES

#### a) *La mujer que comía poco* (núm. 40)

La mujer de cierto pastor no come nunca cuando su marido está en casa, a pesar de lo cual goza de rebotante salud. Deseoso de aclarar este misterio, el marido se esconde en el desván, y observa que su mujer engulle, a la hora de la comida, un pollo con arroz, y a la hora de la merienda, una tortilla con chorizo. Sale de su escondite y entra en casa fingiendo que le ha forzado a regresar la lluvia. Algo recelosa, la mujer se sorprende al ver que no está mojado. A lo cual replica el pastor:

—¡Bah! Porque me ateché bajo una piedra tan grande como el pan que empezaste. Y gracias a este sombrero, que casi es tan grande como la tortilla que merendaste, no me mojé el granizo que caía tan espeso como el arroz que comiste con el pollo que mataste.

El cuento, recogido en varias partes de España (Aurelio M. Espinosa, núm. 44; *Cuentos extremeños*, pp. 32-33; *Cuentos de Aragón*, pp. 290-292; *Seis cuentos*, pp. 90-91) y de América (Aarne-Thompson, 1373A), aparece fugazmente en el *Entremés de los Mirones*:

La tercera verdad [de las que "sin echar de ver en ello, dicen muy a menudo las mujeres"] es reñir con su marido una mujer sobre que vino a comer tarde, o por otra niñería que no importa dos pajas, y en sentándose a la mesa, pónese rostrituerta sin querer probar bocado; y si le dice el marido: "Comed, por vida mía, señora", responderá con hocico: "Ya estoy harta; no tengo gana de comer"; y es la misma verdad, porque se había almorzado un torrezno y una escudilla avahada de sopas de la olla.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> COTARELO, *Colección de entremeses...*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 17, núm. 42, p. 169a. Compárese CORREAS, *Vocabulario de refranes*, p. 198b: *La vaca que no come con los bués o comió antes, o come después*. Dícese por la mujer que está en casa y come cada rato lo que quiere y no a la mesa.

b) *El rico y el diablo* (núm. 59)

Había una parroquia que tenía por patrono a San Miguel. Y la imagen del santo era muy vieja y carcomida.

El cura, para comprar una imagen nueva, fue a pedir a casa de sus feligreses. Uno le daba dos cuartos, otro cuatro, y el que más, le daba un real.

En la parroquia vivía un hombre muy rico; pero no entraba nunca en la iglesia, por lo cual el cura no se atrevía a pedirle nada.

Por fin fue y le dijo de lo que se trataba. Y el rico le preguntó:

—¿Qué representa la peana de San Miguel?

—El diablo —le contestó el cura.

—Pues tome usted dos pesetas para la peana.

Aquella noche el rico, en medio de su sueño, recibió la visita del diablo, el cual le dijo:

—Vengo a darte las gracias por haber contribuido con tu dinero para que hagan mi estatua. Y como esto nunca lo ha hecho nadie, estoy dispuesto a concederte lo que me pidas. Pide lo que quieras.

El rico le pidió un tesoro. Y el diablo le llevó por el aire, de peña en peña y de monte en monte, y le posó en una hondonada, y le dijo:

—Mañana ven a cavar aquí; a los seis codos encontrarás mucho dinero. Ahora vámonos, que va a amanecer. Pero antes de irnos, pon una señal sobre el tesoro para que, cuando vengas a por él, sepas donde está.

—¿Qué señal pondré? ¿Un palo?

—No, hombre, eso lo quitan.

—¿Escarbaré un poco?

—No, porque pasará por aquí alguien y escarbará más, y te lleva el tesoro.

—Entonces ¿qué señal pondré?

—Lo mejor es que te vuelvas de espaldas y cisques ahí.

El hombre obedeció. Y cuando se despertó y se vio ciscado, dijo él:

—¡Así paga el diablo a quien le sirvel

Es cuento folklórico (Aarne-Thompson, 1645B), que ya aparece en *La más hidalga hermosa*, comedia de Rojas Zorrilla:

Nuño: Un sacristán de Jadraque  
tenía en solo un altar  
doce apóstoles pintados,

y púsole a cada cual  
una candelita un día  
que los quiso cortejar;  
pues a San Bartolomé,  
que tenía a Satanás  
a los pies, puso también  
otra candelita más.

OCTAVIO: ¿Al diablo candela?

NUÑO: Sí;  
y en esto no hizo mal:  
a uno porque le haga bien,  
y a otro porque no haga mal.  
Mas no es éste el caso.

OCTAVIO: Síga.

NUÑO: Fuese a la noche a acostar  
el sacristán a su cama;  
durmióse, empezó a roncar,  
y soñó que le decía  
el diablo: "Porque me has  
puesto candela, un tesoro  
te he de descubrir, que está  
en un arenal; conmigo  
ven a hallarle al arenal".  
Soñó que allá llegaba,  
y le dijo: "Aquí hallarás  
el tesoro, cava aquí".  
"No tengo con qué cavar",  
el sacristán respondió.  
"Pues pon alguna señal  
para que mañana vuelvas".  
"En todo el campo no habrá  
una piedra", replicó.  
"Pon una rama". "No la hay",  
dijo el sacristán. Y el diablo,  
como no hallaba señal,  
dijo: "Desatácate  
y haz ahí tu necesidad".  
El sacristán, con la gana  
de hallarle, sin más ni más,  
por no perder el tesoro  
empujó con gana, y ¡zizi!  
Despertó por la mañana,

pero encontró al despertar  
sembrado por los colchones  
todo el tesoro cabal.<sup>6</sup>

c) *Xuan y María* (núm. 106)

Esta era una moza que se llamaba María y estaba casada con uno que se llamaba Xuan. Y una tarde María metió en su casa a un vecino amigo de ella, y en esto llegó su marido.

El vecino se escondió debajo de la cama; y María salió a la puerta de casa y le dijo a su madre que vivía enfrente:

—Madre, tengo a fulano debajo de la cama y no puedo sacarlo de allí sin que lo vea el mi Xuan.

Y dijo la madre:

—Las mozas de ahora no servís para nada; allá voy yo a ayudarte a sacarlo. ¡Cuántos habré sacado yo por delante de las narices de tu padre sin que él los viera!

Y la madre cogió una olla y fue para casa de su hija y le dijo a su yerno:

—¡Ah, Xuan! Compré esta olla para mazar; la tu mujer y algunos vecinos dicen que es pequeña, y yo digo que es bastante grande. Y si no, ahora lo vamos a ver. La manteca que da la mi vaca viene a ser así... tan grande como la tu cabeza. Y si cabe la tu cabeza en la olla, también cabe la manteca. ¡Acércate, Xuan!

Y le metió la cabeza en la olla y tirando del asa lo llevaba de un lado para otro y le decía a su hija:

—¿Ves cómo tenía yo razón? ¡Qué salgal! ¡Que salga ahora por ahí cualquier vecino diciendo que la olla es pequeña!

Y el que estaba debajo de la cama salió sin que lo viera Xuan.

Es cuento folklórico (Aarne-Thompson, 1419C) recogido en varias colecciones españolas de la Edad Media (*Disciplina clericalis*, núms. 9-10; *Libro de los ejemplos*, núms. 161-162; *Isopete*, núms. 13-14), que escenificó Cervantes en el entremés de *El viejo celoso*.

\* \* \*

Dos cuentos de los que recogió Aurelio de Llano —el de *Juan Portal* y el de *Las tres prendas de Pedro*— merecen especial atención por haber sido anejados en fecha antigua a unas leyendas genealógicas familiares a los españoles del Siglo de Oro.

<sup>6</sup> *Biblioteca de Autores Españoles*, LIV, pp. 518b-519a.

a) *Juan Portal* (núm. 22)

Una vez era un hombre que se llamaba Juan Portal. Y una noche soñó que tenía su fortuna en el puente de Triana. Entonces mandó a su mujer que le preparara el zurrón y marchó para allá.

Se puso sobre el puente a esperar la fortuna. Y estuvo un día, estuvo dos, y a la fortuna no la veía por ninguna parte.

Una mañana se acercó a él un señor y le preguntó que qué hacía allí. Y le contestó que había soñado que tenía su fortuna en el puente de Triana; pero que hacía varios días que estaba allí esperándola, y que no acababa de llegar.

—No hagas caso de sueños —le dijo el señor; que también yo soñé que debajo de la higuera de un Juan Portal hay una cabra y un cabritín de oro.

—Ya encontré la fortuna —dijo para sí Juan Portal—. Bueno, señor; me marchó; tiene usted razón: ¡quién hace caso de sueños! Llegó Juan Portal a su casa y comenzó a desarraigar la higuera y decíale su mujer:

—¡Qué haces, Juan! ¿Tú estás loco?

Cuando desarraigó la higuera, encontró la cabra y el cabritín de oro, y lo escondió. Después le dijo a su mujer que le preparase el zurrón.

—¡Pero tú, dónde vas otra vez, Juan! ¡Ave María Purísima! ¡Tú estás loco!

—Calla, mujer; que yo bien sé dónde voy.

Juan metió la cabra y el cabritín en el zurrón, y fue a pedir audiencia al rey. No se la querían dar, y entonces dijo él:

—Pues tanto le conviene al rey como a mí.

Por fin le recibió el rey y le preguntó que para qué le había pedido audiencia.

—Para una cosa muy sencilla; vengo a ver si usted me da pasto para una cabra y yo le regalo el cabritín.

—Concedido— dijo el rey.

—Bueno; pero se lo voy a explicar a usted mejor: yo tengo una cabra y un cabritín de oro, y si me da por la cabra un peso igual al de ella, de oro acuñado, yo le regalo a usted el cabritín.

—Concedido— dijo el rey, creyendo que se trataba de un loco.

Entonces Juan Portal descolgó el zurrón del hombro, sacó la cabra y el cabritín, y le dijo al rey:

—Tome usted el cabritín. ¡Pésese la cabra y venga el dinerol!

Se lo dieron. Y Juan Portal marchó para su casa, y cuando su mujer se enteró, dijo a los vecinos:

—No lo hay más listo que el mi Juan; supo lo que había de-

bajo de la higuera y supo dar pasto a la cabra. Le tenían por tonto y sabe más que todos los del pueblo.

Idéntico cuento sale en el *Tesoro de diversa lición* de Ambrosio de Salazar, integrado a la leyenda genealógica de los Marcuses de Barcelona (desconozco la fuente que aprovechó el polígrafo):

En la descendencia de los Marcuses, linaje principal de Cataluña, se lee una historia de una cabra y un cabrito que, aunque fue sueño, tuvo un extraño efecto: que un hidalgo llamado Marcus por desgracias y bandos de sus antecesores vino a una grande pobreza y necesidad, tanto que lo hacía andar muy afligido y cuidadoso, pensando cómo podría echar de sí tan pesada carga, y con tales pensamientos sucedió que durmiendo soñó un sueño que, si dejaba su tierra y se iba a Francia, en una puente que está junto a la ciudad de Narbona, hallaría un gran tesoro. El cual despertando estuvo pensando si aquello era sueño o fantasía. Por entonces no quiso dar crédito al sueño, pero volviendo otras dos veces al mismo sueño, determinó ir allá y probar sueño y ventura.

Estando, pues, en la dicha puente un día entre otros muchos, acaeció que otro hidalgo de aquella ciudad por la mañana y a la tarde se salía por aquella puente paseando, y como notase y viese cada día aquel extranjero, y que por mucho que él madrugase ya lo hallaba allí, y por tarde que volviese también, determinó preguntarle la causa, como de hecho se lo preguntó, rogándose muy encarecidamente. El hidalgo catalán, después de bien importunado, respondió diciendo:

—Habéis de saber, señor, que un sueño me ha traído aquí, y es éste: que si me venía a esta puente, había de hallar en ella un muy grande tesoro, y esto lo soñé muchas veces.

El francés, burlándose del catalán y de su sueño, respondió riendo:

—Bueno estuviera yo que dejara mi patria y casa por un sueño que soñé los días pasados, y era que, si me iba a la ciudad de Barcelona en casa de uno que se llama Marcus, hallaría debajo una escalera un grandísimo y famoso tesoro.

El hidalgo catalán, que era el mismo Marcus, como oyó el sueño del francés y su reprehensión, se despidió de él sin dársele a conocer y se volvió a su casa. Luego que llegó, comenzó en secreto a cavar debajo su escalera, considerando que podría haber algún misterio en aquellos sueños, y a pocos días ahondó cavando tanto que vino a descubrir un gran cofre de hierro enterrado allí, dentro del cual halló una cabra muy grande y un

cabrito, de oro macizo, que se creyó que habían sido ídolos del tiempo de los gentiles. Con las cuales dos piezas, habiendo pagado el quinto, salió de miseria y fue rico toda su vida, él y los suyos, e instituyó cinco capellanías con sus rentas, que están aun hoy día en la ciudad de Barcelona.<sup>7</sup>

b) *Las tres prendas de Pedro* (núm. 5). Sólo reproduzco la primera parte del cuento, la única que nos interesa:

Una vez eran dos hermanos, Pedro y Juan. Y un día marcharon por el mundo a ganarse la vida. Llegaron a un sitio donde el camino se dividía en dos, y dijo Pedro a su hermano:

—Vamos a separarnos; tú vas por ese camino, y yo por éste. Y el domingo nos reuniremos aquí para ver si hemos encontrado amo.

Separáronse. Y Pedro, al pasar por un monte, se encontró con un señor que le preguntó si quería ir de criado con él: que si le servía tres días, le haría rico para siempre.

Pedro aceptó, y el señor le llevó a una cueva, y le enseñó una vela que ardía encima de una piedra y le dijo:

—Cuando la vela se levante y se dirija hacia la cama, tú la sigues y te acuestas.

Y el señor desapareció.

Cuando la vela se dirigió hacia la cama, Pedro la siguió y se acostó. Y al poco tiempo comenzó a oír unos ruidos muy grandes y a tener miedo. Y dijo Pedro:

—En cuanto amanezca, marchó de aquí; esto no hay quien lo resista.

Cuando amaneció, se le presentó el señor y le dio una tortilla y una botella de vino. Y dijo Pedro:

—Yo me marchó; los ruidos que aquí sonaron anoche no se pueden resistir.

—Como quieras —dijo el señor; pero si te marchas, por la noche que pasaste aquí no te pago nada.

Pedro comió la tortilla, bebió el vino y dijo:

—¡Vaya! Comiendo así y habiendo tranquilidad como ahora, puede estarse en esta cueva.

Llegó la noche, y el señor le dejó a Pedro la vela encendida

<sup>7</sup> *Tesoro de diversa lición*, Paris, Louis Boulanger, 1636, pp. 195-199. También aparece el cuento en el manuscrito del *Liber facetiarum* de Luis DE PINEDO (fol. 131v<sup>o</sup>): "*Tesoro...* Y de otro que soñó que hallaba un tesoro en Sevilla a la puerta de la aceite. Fue y cavó y visto por su vecino, le dijo: "No busques, que yo he soñado en Mérida, en una huerta en la pared hallaba una cabra de piedra, y debajo de ella tesoro". Oído esto, el que primero cavaba fue a su huerta y halló el tesoro debajo la cabra".

como la vez anterior. Y en cuanto se acostó, comenzó a oír los ruidos y dijo:

—En cuanto amanezca, me marchó de aquí; esto no hay quien lo resista.

Amaneció y el señor le dio a Pedro una tortilla y una botella de vino. Y Pedro le dijo:

—Yo me marchó; esto no se puede aguantar.

—Si te marchas, por las dos noches que pasaste aquí no te doy nada. Y ya no hace falta más que pasar una noche para ser rico.

Pedro se puso a comer la tortilla y a beber el vino, y decía:

—Comiendo bien y habiendo tranquilidad, puede uno estar aquí.

Cuando oscureció, le ocurrió lo mismo que las noches anteriores, siguió a la vela y se acostó. Y oyó ruido de cadenas y una voz que decía:

—¡Ay, que caigo!

Y tantas veces iba diciendo "¡Ay, que caigo!" que Pedro le dijo:

—¡Cae con mil diablos!

Y cayeron las piernas de un hombre.

—¡Ay, que caigo!— volvió a repetir la voz.

—¡Cae con San Juan!

Y cayó el cuerpo.

—¡Ay, que caigo!

—Ya, para lo que falta, ¡cae, cae!

Y cayó la cabeza. Estas partes de cuerpo humano se unieron y formaron un señor, que resultó ser el que había llevado allí a Pedro. Y dijo el señor:

—Porque tuviste valor para pasar aquí tres noches, me salvaste; ahora te voy a dar tres prendas que no hay otras como ellas en el mundo...

Idéntico cuento surge fugazmente en varias comedias de Lope —*La prueba de los amigos*, *Los Porceles de Murcia*, *Quien ama no haga fieros*—, así como en versos de Quevedo y Luis Martín de la Plaza. Sobre estas alusiones algo inconcretas a un tal Osorio, "el de los cuartos", a un Osorio que, en palabras de Lope, "vio caer el hombre cuarto a cuarto" llamó la atención en 1961 S. Griswold Morley.<sup>8</sup> Unos años más tarde propuso J. B. Avallé

<sup>8</sup> S. GRISWOLD MORLEY, "Dos notitas sobre Lope de Vega", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (1969), pp. 193-194.

Arce una aclaración de estos fragmentos.<sup>9</sup> Según el erudito americano, aludirían estos versos a la leyenda genealógica de los marqueses de Astorga, referida por Gonzalo Fernández de Oviedo, según la cual Osorio, cabeza de este ilustre linaje, se habría enfrentado con un cadáver que caía cuarto a cuarto por la chimenea de una casa hechizada. Concluía Avalle Arce que Lope hubo de conocer tal leyenda a través de algún nobiliario de la época.

La explicación no es completamente satisfactoria, puesto que Lope de Vega, según recuerda el propio Avalle Arce, se refiere en *Los Porcelos de Murcia* a un tal "Osorio el estudiante". Sorprendería que a un genealogista del siglo xv o del xvi se le haya ocurrido asignar antepasado tan poco prestigioso a un linaje ilustre. La realidad es sin duda distinta, y para interpretarla correctamente hemos de tomar como punto de partida el cuento folklórico copiado más arriba, el cuento de "El velador de la casa hechizada", definido por María Rosa Lida y oportunamente recordado a J. B. Avalle Arce por Antonio Alatorre.<sup>10</sup> Dicho cuento folklórico fue anejado, en época difícil de concretar, a la leyenda genealógica de la familia de los marqueses de Astorga:<sup>11</sup> obsérvese que el texto de Gonzalo Fernández de Oviedo, aducido por Avalle Arce, refleja perfectamente la estructura ternaria del cuento ("¡Caeré, caeré! —Caed cuando quisiéredes; —¡Caeré, caeré! —Caed; —¡Caeré, caeré! —Caed cuando quisiéredes"), que conserva el relato recogido en Asturias por Aurelio de Llano. Posiblemente a consecuencias de esta anexión vino a ser un tal Osorio protagonista del cuento, un Osorio inconcreto que, en la versión oral conocida de Lope de Vega, era un Oso-

<sup>9</sup> JUAN BAUTISTA AVALLE ARCE, "Un problema resuelto: los cuartos de Osorio", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVIII (1965-1966), pp. 166-169.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 169, nota 4.

<sup>11</sup> El mismo cuento trae PEDRO DE GRACIA DEI, *Armas y blasones de los linajes de España* (Ms 3822 de la Biblioteca Nacional de Madrid, p. 63): "Hállase que en los de este linaje [los Osorios] han sido muy osados y belicosos, y así le avino a un caballero de este linaje que en la fortaleza de Segovia estaba una sala con su chimenea, que siendo de noche nadie había que osase entrar ni quedar dentro a dormir en ella; y dijo un rey: "¿Haría alguno qu osase quedar allí?", que él le haría mercedes, y así quedó este caballero, y quedando allí en la sala dicen que, estando allí en la chimenea gran lumbre, que por el cañón abajo cayó un hombre en cuartos, y después se juntó y peleó con él, y lo venció, de la cual osadía se toma el nombre de Osorio".

rio estudiante, lo mismo que en otras versiones sería un Osorio soldado o pastor.

\* \* \*

Pero en eso no para el interés de la colección de *Cuentos asturianos* de Aurelio de Llano, ya que, así como demuestra en muchos casos la supervivencia de los temas, también pone de manifiesto la permanencia de las formas. Me refiero, dejando aparte los análisis estructurales propiamente dichos, a unas fórmulas que, con alguna que otra alteración, han atravesado los siglos. Me limitaré por ahora a dos ejemplos del fenómeno.

a) Apunta Aurelio de Llano, al concluir la advertencia preliminar de su colección:

Los cuentos serios el narrador los termina siempre como el cuento primero de este libro:

"Y con eso víneme y dejélos allá; diéronme unos zapatinos de mantega y derriéronseme por el camino".

Anota el maestro Correas una fórmula exactamente paralela (*Vocabulario de refranes*, p. 615a): *Eran de papel y mojóse y acabóse*. Dicen esto al fin de un cuento: "Diéronme unos zapatitos de papel, y mojóse, y acabóse".

b) Observa Aurelio de Llano que, cuando alguien pide cuentos a un narrador, ocurre que "éste, por burlar, sobre todo si la petición es de un niño, recita alguno de los siguientes cuentecillos:

.....  
¿Contaréte el cuento  
de Perico Formientu  
que se fue a pasear  
y llevólu el viento?

Trae Correas el mismo cuento trunco, aunque en forma más expresiva (*Vocabulario de refranes*, p. 112a): *El viento de Mari Sarmiento, que fue a cagar y llevóla el viento*.

Los *Cuentos asturianos* recogidos por Aurelio de Llano nos prestan ayuda eficaz para reconstruir el *corpus* de los cuentos folklóricos conocidos por los españoles del Siglo de Oro, cuentos que se traslucen en las alusiones elípticas del refranero, en las escenas de la comedia y del entremés, en los episodios de la

novela o en las páginas de los nobiliarios. Son estímulo poderoso para los que juzgan posible la reconstrucción —una reconstrucción forzosamente parcial— del tesoro de los cuentos folklóricos que vivieron en la España de Cervantes y Lope de Vega. Otras colecciones, formadas en la Península y en varias partes de América —puesto que el cuento, lo mismo que el romance, siguió a los conquistadores— nos ayudan en la misma tarea, según tendré ocasión de demostrar. Pero baste con lo dicho por hoy.

MAXIME CHEVALIER

Universidad de Burdeos.

